RECONQUISTA

PRIMERA PARTE

I

—¿De quién es este paraguas?... ¿No es el tuyo, Gustavo?—inquirió Aurelio desde el umbral del zaguán, de par en par abierto y alfombrado de hojas marchitas y quemadas de rosas y violetas, de ramas mustias; oliente á olores desagradables, de ácidos evaporados, y al olor fofo y característico de los cadáveres cuya descomposición comienza; los olores, ramas y hojas que habían dejado á su paso las coronas, las cruces, la muerta que acababan de sacar de la casa y que allá iba, dentro de su ataúd, en hombros de cuatro mozos uniformados de la funeraria, rumbo, primero, á los tranvías empavesados de negro que aguardaban en la esquina al cuerpo y á los dolientes; rumbo, después, al cementerio.

Sin duda el interrogado contestó afirmativamente, pues Aurelio apoyó los dos paraguas contra el muro, mientras se doblaba los extremos de su pantalón á fin de preservarlo del barro de la calle y de la necia llovizna que, desde en la mañana, entristecía la ciudad; luego, subióse el cuello del abrigo y corrió á juntarse al grueso de los asistentes, sombrero en mano, bajo una muchedumbre de paraguas desplegados, que lentamente caminaban en pos del féretro, por la mitad del arroyo.

Una treintena serían los que se encaminaban al sepelio; el reducido núcleo de intelectuales de verdad, que á pesar de todo viven y trabajan en esta buena ciudad de México; amigos y parientes de Salvador Arteaga, el pintor talentoso quedado viudo y con dos chiquillas, como dos serafines, procreadas durante su relativamente corto matrimonio.

Al llegar el cortejo á la esquina, en tanto se instalaba á la muerta dentro de la carroza, los más se volvieron á mirar á Salvador por última vez, en medio del ancho balcón del estudio; su cuerpo de varón fuerte, llenando el marco; su revuelta melena negra, desafiando á la llovizna; erguido; llorando á plena luz, sin tapujos, dejando que sus lágrimas resbalaran por los breñales de su barba recia, con sus dos hijitas de la mano, una á cada lado, impresionadísimas con el suceso que aturdía sus infancias precoces. Algunos lo saludaron, desde lejos, y él contestó á todos, á los amigos y á su muerta, con expresiva inclinación de la testa; en seguida soltó á las niñas, que se le asieron de las piernas, y doblegó el busto, encima del barandal, cuando los tranvías arrancaron.

Fueron las niñas las primeras que se calmaron, súbitamente, sin que nada ni nadie las distrajese de su duelo medio consciente por infantil, en esta apartada casa de este barrio distante y en formación. La calle, aún no era tal, mal grado el edilicio azulejo guindado en la esquina y rezando muy serio en sus blancos caracteres regulares: «2.ª Calle de los Flores»; mal grado el foco eléctrico que á la placa quedábale frontero. Las aceras aún no se descubrían. El empedrado, en proyecto, sólo á un lado y á otro amontonados guijarros, como barricadas recién destruídas por un obús, y á los medios, polvo en tiempo seco y barro en tiempo de lluvias; en todas estaciones, altos y bajos,

hoyancos, cordilleras diminutas—las que formaban las anchas llantas de los carros que lo cruzaban á punta de latigazos de carreros, de jadear de mulas y de estruendo de los cargados vehículos toscos levantando polvaredas densas; — grandes huellas de pies humanos y descalzos, de cascos de caballos, de pezuñas de las vacas y terneros que á diario la recorrían á los dos crepúsculos, ensordeciendo los ámbitos con sus mugidos, camino de la ordeña al salir el sol, y camino del establo al ponerse. En vez de casas, tapias y tapiales que ocultaban los solares yermos; por total de edificios habitables, la casa de Salvador y otra en la acera opuesta. Edificios en construcción, tres, creciendo dentro de los andamiajes, y simulando, al pronto, arboladuras de fantásticas embarcaciones desmanteladas.

En compensación, exceso de ruidos, los que la vecina estación del ferrocarril «Central Mexicano» difundía en sus contornos sin parar á hora ninguna: resoplar de calderas; silbidos estridentes, agresivos casi, de vapor escapado; tañer de campanas monótonas, todas iguales, anunciando las partidas y los arribos con una misma lengua insensible al júbilo de los arribos y á la melancolía de las separaciones... ¡tam, tam! ¡tam, tam!...; pitazos de locomotoras, cortos, largos, entrecortados, angustiosos todos, los largos particularmente, por las noches, que, diríase, sonaban á agorerías y á lamentaciones de sabe Dios qué infinitas desdichas sin remedio...; chirridos de ruedas sobre los rails, al mudar de vía; arrastradura de cadenas; rodares precipitados y lentos de plataformas, furgones y coches, con sonido como de quebrantamiento, á su paso por las agujas de los cambios... Todo ahí, en las narices; y seis veces en cada veinticuatro horas, con estruendo de fábrica de hierro que sacudiese un vendaval monstruo, entrar y salir de los convoyes de carga y de pasajeros, con

demasiada velocidad ya, á causa de que á unos metros antes de cruzar las calles de los Flores, el enorme «patio» de la estación se ha concluído y los trenes las atraviesan á desenfrenado correr de ángeles rebeldes y expulsados de algún paraíso contemporáneo. En esas seis veces, retemblaba la casita de Salvador cual asustada de ruido tamaño para ella incomprensible.

—¡Papá!..., ¡papacito!...—dijo una de las niñas,—¿y no ha de volver ya?... ¿No ha de volver nunca?...

—¡No, nunca más!—les contestó Salvador, enderezándose y á entrambas dirigiéndose.—¡La hemos perdido para siempre, ustedes y yo, para siempre!...

De oirlas que de nuevo rompían á llorar, amedrentadas por aquel «para siempre» que no entendían á las derechas, pero que imaginaban tremendo; de sentir sus cabecitas y sus ropas humedecidas por la lluvia, que no aumentaba ni disminuía; de considerarlas huérfanas en su edad y con su sexo, bajóse á ellas conmovido, y, luego de cargarlas en sus brazos, juntos los tres semblantes llorosos, mezcladas las tres cabelleras en lamentable y apretado grupo, entró con ellas en el estudio que se obscurecía lentamente, yendo á refugiarse en el rincón más obscuro, el del diván que entre su mujer y él habían ideado y ejecutado unos cuantos años atrás, cuando el jocundo estreno del domicilio, al fin propio, construído palmo á palmo, muy despacio, en consonancia con lo que tardaban en ahorrar peso á peso los pesos y pesos que la vivienda valía.

Instaláronse los tres en el mullido mueble, el testigo bonachón y cómodo que tenía presenciadas y sufridas una porción de cosas: llantos y dormires de las niñas, cuando muy chiquillas; risas, saltos y escondidas, de cuando crecieron; siestas, reflexiones, desalientos y holganzas del artista; costuras de la mujer; medicinar de la madre á las

hijas enfermas; esperas de la esposa cuando su voluntarioso niño grande se recogía tarde, por culpa de los amigos ó por culpa de su temperamento inquieto; admiraciones mudas de la compañera, mordiendo el gancho de la interrumpida labor doméstica, frente al avance de los cuadros, frente á las pinceladas geniales que arrancaban al pintor gritos de júbilo, silbidos de «golfo», viajes hacia atrás hablando solo, blandiendo paleta y tiento, para mejor juzgar del efecto...; el ancho diván que tenía presenciadas y sufridas, allá, en sus mocedades, hasta discretas y encantadoras entregas de la amante al marido, joven y fuerte, que las solicitaba con autoritario reclamo dulce de súplicas y besos que nadie oía de afuera, que se posarían en los cuadros, en las armas, en las curiosidades y en los tapices del cuarto de trabajo, de luz y de ensueño.

Allí se instalaron el viudo y las huérfanas, sin separarse, descansando los desmazalados cuerpos en los cojines muelles, que parecían querer consolarlos según lo que se les amoldaban en los torsos encorvados y en las cabezas trémulas que en ellos se hincaban, para más sollozar, hundidas en su pluma.

El estudio naufragaba en las sombras. Los cuadros inconclusos, sin marco, y los concluídos, con sus molduras de oro, fundían sus tonos, esfumábanse y perdían la precisión del dibujo y la dulzura acariciadora del color; dos ó tres bronces, aquí y allí, sobre repisas y coronamientos de pupitres monacales, se desvanecían en su propia pátina antigua y mustia, en la vieja pasta de las maderas á medio apolillar que los sustentaban ó en el papel mate y avellanado que cubría los muros. Las armas de la panoplia, cuyos anchos y filos peleaban de día con los oblicuos rayos empolvados de sol, ahora tenían, á modo de cubiertas diáfanas, opacidades que en pacíficos é inofensivos

transmutaban á los aceros, á los arabescos embutidos de plata, á los gavilanes y conteras pavonados, á los nácares y gemas de las empuñaduras. Al través de los cristales del arrinconado estante arcaico, con esfuerzo se divisaban los títulos dorados de los volúmenes en filas, que no se acertaba á determinar, sólo los títulos y los nombres de autores divisábanse como fosforescencias imprecisas. El único mármol del estudio, una Venus de Canova, encima de un trípode de escultor, por lo que con las paredes, en aquella parte colgadas de telas, se confundía, creeríasela deseosa de emparedarse.

El catafalco, pensado y adornado por Salvador en persona, se veía, desierto, aún más espantoso que hacía unas horas soportando el cadáver de Emilia; aterraba á las niñas, que, con enojos, lo miraban de soslayo, cual si le reprocharan que hubiese consentido en que extrañas manos lo libertaran de la preciada carga y que, ahora, con sus fúnebres paños negros y sus cuatro cirios apagados, amarillentos y rígidos, les convirtiese en odiosa la habitación favorita de la familia.

Esta ocurrencia de tender á su muerta á mitad del estudio, había sido sola y exclusivamente de Salvador, un último tributo de artista y de amante; tenderla ahí, donde él engendraba sus cuadros, donde padecía y gozaba con las alternativas que exaltan y deprimen á los cerebrales en el sitio en que conciben, ejecutan, corrigen y vencen.

El tramonto continuaba aumentando y sumergiendo el taller en la sombra. Vagaba en su atmósfera el mismo olor fofo y característico de los cadáveres cuya descomposición comienza, más acentuado que en el zaguán, y el olor desagradable de ácidos y desinfectantes evaporados, de flores y hojas marchitadas por el confinamiento, que se agravaba con el de los cirios recién apagados, que en la

estancia ardieran un día entero y una entera noche. Por junto al catafalco, y en reguero hacia la puerta del corredor, pétalos agostados, ramas torcidas, secas hojas crujientes; los desprendidos de coronas, ramilletes y cruces enviados por los amigos ó comprados por Salvador para cubrir de flores—como en efecto lo estuvo—el túmulo de Emilia. Encima de éste y de través, el viejo Crucifijo de los abuelos, enmohecido de años y de ósculos, que la esposa exigió en su agonía, con la indebida preferencia que sin conceptuarla idolátrica, nutren los creyentes sencillos por determinadas imágenes:

—¡Mi Cristo, Salvador, que me muero!... ¡dame mi Cristo! el que yo traje!... ¡con el que murió mi madre!...

Y con el mismo Cristo murió Emilia, entre sus manos enclavijadas, mirándolo, mirándolo cuando ya ni á sus gentes miraba; cuando la agonizante cabeza, cual si se le rompiera oculto resorte que al tronco sujetárala, se desplomó en las almohadas, volviéndose al hombro izquierdo en tétrico escorzo, y así permaneció unos cuantos segundos, hasta el de su tránsito.

De través había quedado el Crucifijo, encima del túmulo de Emilia, después de sacado el ataúd, después de celebrar con ella nupcia castísima toda una noche sobre su cuerpo muerto, sobre su bendecido seno, ya exangüe, que amamantó dos vidas, sobre su vientre sacro de madre... ¡Nupcia castísima!... El Cristo de los abuelos, enmohecido de años y de ósculos, velando el cadáver, abiertos los brazos por crucificado y por mejor amparar, con sus omnipotentes misericordias inagotables, la ascensión de esa alma que á él se había dado desde niña y virgen.

Sólo destacábase de las sombras en que el estudio continuaba sumergiéndose, luminosamente, el lienzo del caballete, un desnudo de mujer, casi de tamaño natural, que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

parecía beber los escasos átomos de luz que aún vibraba en el taller y con ellos cubrir las carnaciones borrosas de los muslos combados, de los senos semiocultos por las magnificencias de la crinada cabellera negra y suelta que se adhería á las curvas como reptil amaestrado y sensual, y que, á modo de manto, ensanchábase en el mórbido dorso, se retorcía luego en el brazo en que el busto se apoyaba, y en el anca redonda y soberbia amontonábase gloriosamente. No nada más por la escasez de luz del taller, sino por intento del pintor y exigencia del asunto—qué se yo qué simbolismo empapado de ideal, que el título quizá haría más comprensible,—el rostro de la mujer no alcanzaba á descubrirse, apenas la oreja y algo de la mandíbula, el cuello vuelto, una de las comisuras de los labios, por la otra parte, que lo mismo podía suponerse que reían, ó afligidos contraíanse, entreabiertos. La figura, en pie, luciendo todos los encantos de la espalda, todas las esplendideces del ensanche del talle, hacia abajo, de la cintura á las corvas; la cadera redonda y amplia de hembra prolífica y sana; los dombos de la grupa carnosos, protuberantes, en su tentador descenso elíptico exclusivamente femenino y supremamente bello... El resto, por concluir: los pies, ni dibujados todavía, en los limbos blancos de la tela manchada de pinceladas de prueba, que se borran conforme la obra avanza; el brazo derecho, extendido hacia la altura, con algo en el puño cerrado; la academia toda en extraña actitud... ¿oblación?... ¿holocausto?...

Aumentaban las sombras. Por el balcón abierto llegó la noche; asomóse cual si titubeara en entrar de un golpe, detúvose á manera de persona que desconoce un sitio en el que es fuerza que entre; hasta que, satisfecha del local, en él penetró y se instaló á sus anchas, completamente. Salvador callaba y las niñas dormitaban arrimadas á su

padre. La lluvia persistía, tenaz y muda, ahora tamborileaba en la vidriera, y en la calle apartada y silente á llanto sonaba su caer; á Salvador antojábasele que repetía las palabras postrimeras de Emilia, su doble recomendación desgarradora y piadosa de moribunda joven que sólo por creyente, confórmase, aunque á duras penas que no osa formular, con partir de la vida tan temprano y con trocar por el silencio, el frío y la soledad del sepulcro, el alegre clamoreo de un hogar naciente, el calor de un esposo que ama y la compañía incomparable, por dulce y única, de los hijos que ríen de crecer y lloran de reir... Oía Salvador tales palabras, susurradas por la lluvia que por los cristales resbalaba:

—¡Recuérdame y rézame!...

¿Recordarla?... ¡Ya lo creo que la recordaba, que la recordaría mientras su memoria funcionase! Y desde luego, acariciando á las chiquillas adormecidas á sus flancos y de tiempo en tiempo sacudidas por sollozos retrasados que no pudieron salir faltos de espacio cuando salían tantísimas lágrimas en cada crisis del copioso llorar infantil, Salvador era impotente para distraer su pensamiento. Pensaba en Emilia, muerta, mucho más de lo que pensaba en Emilia, viva ¡oh, pero mucho más! Y en el acto, tornábase aquello un despiadado acarreo de recuerdos que la memoria extraía incansable de los últimos rincones del cerebro, en su prodigioso ir y venir de depositaria incapaz de hurtarse lo de mayor precio ni de esconder lo más nimio. ¿Quería recuerdos, eh?... Pues ahí los tenía en el mismo momento, á millaradas, hasta los que él, el dueño, no recordaba ya; los que no quisiera recordar; lo grato y lo ingrato; lo placentero que nos invita á sonreir á solas y lo reprobado que nos fuerza á volver el rostro, temerosos de que alguien se entere, leyéndolos al través de la bóveda

impenetrable de nuestra frente. ¿Que salían un tanto mezclados, los de ayer junto á los de hacía años, junto á los malos los buenos?... ¡Claro! Siendo cuantos eran ¿de qué otro modo habían de salir, sino amontonados y confundidos?... ¡Arregláralos y ordenáralos él, si podía, que no habría de poder!

No podía, en efecto; y si antes no domeñó su propia memoria, ahora tampoco domeñaba su propia voluntad, que, á su antojo, poníale por delante nó los recuerdos que él hubiese apetecido, mas los que ella aseaba y sacudía para que mejor reviviera él los sucesos en ellos amortajados. Ocioso resultábale cerrar y apretar los ojos para ver más á las claras, por dentro, lo que anhelaba ver; del hacinamiento de recuerdos desprendíanse otros diversos. De ahí que en vez de pensar más en su vida conyugal recién rota, en lo que sería de él en su viudez prematura, y de sus hijas en su orfandad erizada de duelos y peligros, que era lo natural, nó señor, de un salto la memoria fué y le trajo recuerdos lejanos, la historia de su idilio, la de sus progresos y adelantos al lado de la sufrida compañera, ¡como si ésta no hubiese muerto!...

Quieras que no, revivió, primero, su infancia provinciana, al amparo de la parentela menesterosa y labradora, propietaria de modesta heredad; su aprendizaje á leer y á escribir protegido por el cura á quien ayudaba la misa matinal de la parroquia lugareña, cobrando la ayuda en especies: tragos del Jerez para consagrar, bizcochos untados de manteca del desayuno del maestro, que, según el humor, reía de tales desmanes ó los castigaba con puntapiés, coscorrones y cachetes—salvo si de merodeos del huerto tratábase, que entonces le propinaba campesinos tirones de orejas, las que le quedaban echando fuego, rojas como amapolas rojas. Recordó sus primeros pasmos infan-

tiles, frente á la beldad de la naturaleza: sus alegrías ante los amaneceres, sus mutismos contemplativos ante los vespertinos crepúsculos, sus predilecciones por el río, por los sitios agrestes, los claros de los bosques, las tempestades del otro lado de la cordillera que al Sur limitaba su valle natal, ó desencadenadas sobre los picachos y crestas de los mismísimos cerros, verdes de árboles, de zarzas y de grama, y azules de nubes, de lejanía y de altura; todas las palpitaciones iniciales del artista futuro cuya predilección por el color y la luz, por el paisaje y por lo natural, por la vida palpitante, habían de perdurar, de darle ese sello de verismo á sus cuadros, que aun sus enemigos y malquerientes tenían que reconocer y aplaudir... Luego, ya grandulloncito, pero todavía encogido y zafio, veíase camino de la capital de su Estado, caballero en una mula para carga aparejada y parte integrante de la recua de unos arrieros que conocían á sus padres y á él lo tuteaban, que con él compartieron su picante yantar montañés en medio del bosque, á la sombra de un castaño y á la vera de un arroyo en el que sucesivamente bebieron hombres y bestias; un viaje típico, de los que han ido desapareciendo poco á poco, viaje á la española antigua, de los buenos siglos iberos. En la capital de su Estado, el ingreso al instituto por cuenta y orden del gobernador, más amigo—sin serlo mucho—que pariente de la familia; su primera juventud, su vocación decidida por el dibujo; ¡sus dieciocho años!... El regreso á la tierruca, á despedirse de los viejos que á encaminarlo salieron, hasta el puente, y que, al volverse él sobre la grupa del cuartago alquilón para enviarles por los aires un último adiós—¡de veras el último!—se abrazaron ellos en llanto deshechos, juntando sus dos ancianidades á fin de mejor resistir esa tremenda amputación necesaria de la entraña que amaban más, en la

que habrían soñado reposar el peso indecible de sus muchos años, y en su regazo cerrar los ojos, cuando tornaran, ¡que pronto sería! á la tierra de que habían salido y de que eran hechos... Su arribo á México, á la Academia de San Carlos, á consagrarse al arte, siempre pensionado mientras los estudios durasen, por el gobernador Mecenas, que así retribuía sabe Dios qué servicios ignorados, á los ancianos menesterosos y labradores, menos parientes que amigos suyos.

En México, los años corriendo desbocados, como los potros de sus dehesas nativas. La gran ciudad, pecadora y viciosa, ganándose con priesa grandísima al huésped novel de ella enamorado; mostrándole hoy un defecto y mañana una virtud, una belleza ahora, un lunar después, y hoy y mañana, después y ahora, cautivándolo y cautivándolo; desnudándole, por lo pronto, de sus resabios de lugareño; vistiéndole en seguida cuerpo y espíritu con ideas y ropas hechas, que, en un principio, no hicieron mella en sus creencias católicas ni en su atlética complexión de muchacho rural y robusto. Sin duda su cuerpo fué más resistente que su espíritu, pues las ropas hechas y baratas con que lo cubría no lograron deformárselo, ni siquiera amenguarle lo viril y harmónico del conjunto: el mozo quedó guapo, alto, ágil y fuerte, sin otra novedad que el nacimiento de una barba tupida y sedeña que de perlas íbale al rostro moreno y pálido, y que él dióse á usar á la *nazarena*, á par que dejaba crecer su cabello más de lo ordinario, en infantil acatamiento imitativo de los escultores, pintores y arquitectos en agraz de la Academia, que en la forma dicha portaban cabelleras y barbas, para *caracterizar* su profesión de artistas. Por idéntica razón, vestía Salvador anchos pantalones, saco holgado y abotonado hasta el cuello, corbata flotante, de nudo de mariposa, y sombrero blando de amplias alas

UNIÓN DE ESTUDIANTES NUEVOLEONESES
MONTERREY, N. L.

y copa hendida: el pergeño convencional de los artistas europeos que los diferencia del común de los mortales.

Pero si su cuerpo no sufrió mutaciones perjudiciales, cosa distinta acaecióle á su espíritu: todas las ideas hechas y baratas—¡sobre que la instrucción oficial y laica es gratuita!—de las escuelas superiores á que concurría, ideas demoledoras é iconoclastas ¡ni una sola creadora!..., fueron incrustándosele y modificando su manera de ver y de pensar. ¡Cómo derribaban, Señor Dios! ¡Cómo echaban abajo, de un azadonazo verbal é imaginativo, el edificio de sus creencias, tan sólido al parecer, tan inconmovible!... ¡Aquellos catedráticos, más que depositarios de la Buena Nueva, simulaban albañiles ignaros, de los que manejan el zapapico y en un santiamén destruyen en cuadrilla los más resistentes edificios y las más venerandas fábricas. ¡Cómo golpeaban, Señor Dios, con qué furia de irresponsables atacados de la manía de la destrucción, demolían, demolían á tontas y á locas, sin levantar nada serio en el lugar de las ruinas, sin preocuparse de los escombros que sin concierto amontonaban dondequiera, ni de las ilusiones, esperanzas y candores que hacían añicos, menos porque de de veras creyeran en las atrocidades que aventaban á todos los rumbos sin curarse de resultados ni de ofrecer nada en cambio, que por no perder los codiciados y flacos sueldos de las cátedras! Nunca les oyó Salvador decir: «Creed en esto, que es mejor que estotro, por esta ó aquella razón!...» ¡No!, decían sólo: «¡No creáis en nada!...» Y se marchaban tan satisfechos, para recomenzar al día siguiente la ingrata tarea, meramente animal y fisiológica, de acallar, con el producto de su ciencia sin comprobación, sus hambres atrasadas de advenedizos salidos de todos los rincones obscuros y de ambiciosos al asalto de todas las alturas. Uno, dos, veinte cuando mucho serían los honrados, los convencidos